

Palabras de consuelo y lealtad

Los autores de los cuatro evangelios, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, nos dejan constancia de las palabras que Jesús pronunció mientras colgaba de la cruz: siete declaraciones en total. La tercera es quizás la escena más conmovedora y tierna de todas las que tenemos del Calvario. Es la escena en la que Jesús mira a su madre y le dice: «Mujer, ahí tienes a tu Hijo», y luego a Juan, el discípulo amado: «Ahí tienes a tu madre». Esta es una escena hermosa y conmovedora de consuelo y lealtad.

Cuando los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus ropas y las dividieron en cuatro partes, una para cada uno, dejando solo la ropa interior. Esta prenda no tenía costuras, estaba tejida de una sola pieza de arriba abajo. «No la rompamos», se dijeron unos a otros. «Echemos suertes a quién le toca». Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura que dice: «Se repartieron mis vestidos y echaron suertes sobre mi ropa». Así lo hicieron los soldados. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la mujer de Cleofás, y María Magdalena. Al ver Jesús a su madre allí, y al discípulo a quien amaba, de pie cerca, le dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo», y al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Desde entonces, el discípulo la recibió en su casa. (Juan 19:23-27)

Cuatro soldados crucificaron a Jesús y dividieron su ropa en cuatro partes. Para comprender mejor el patrón de lo que sucede, retrocedamos un poco en la historia y observemos algunas costumbres judías y romanas relacionadas con la crucifixión.

Un hombre judío solía usar cinco prendas. Primero, un tocado, quizás un turbante o algún tipo de tela. Seguramente habrás visto imágenes en televisión del tipo de tocado que usa la gente del Lejano Oriente y Oriente Medio para mantener el cabello apartado y en su lugar. Era un tocado tradicional que se ha usado durante siglos.

Pero el varón judío usaba algún tipo de calzado, generalmente una sandalia de cuero. Una tercera prenda era una túnica larga, generalmente con una abertura en la parte superior, a veces completamente abierta o con aberturas laterales. Caía hasta los tobillos y era una prenda holgada.

La cuarta prenda era su faja o cinturón, como lo llamaríamos hoy. Era otra pieza de tela, o a veces un trozo de cuero, que se usaba para atar alrededor de la cintura. Esto impedía que la larga y suelta prenda exterior se volara, y a la vez le permitía estar suelta. Por último, un hombre judío usaba ropa interior. En el caso de Jesús, era una prenda sin costuras, hecha de una sola pieza de tela tejida de arriba abajo.

Tradicionalmente, esa prenda interior la confeccionaba una madre y se la daba a su hijo al llegar a la madurez, al llegar a la edad adulta. Es muy probable que eso fuera precisamente lo que María hizo por Jesús. Ahora recuérdelo, porque lo veremos enseguida.

Los romanos también tenían ciertas costumbres con respecto a la crucifixión. Había cinco soldados romanos siempre asignados a la tarea de la crucifixión. Cuatro de ellos eran responsables de clavar los clavos y colocar la cruz en su lugar. Pero una vez que la cruz

estaba en posición vertical, formaban una especie de puesto de guardia de cuatro esquinas. Si había alguna amenaza, ellos eran los que protegían a la víctima mientras estaba en la cruz para morir dolorosamente.

El soldado responsable de los otros cuatro era el centurión. Supervisaba la crucifixión. Uno de los beneficios que recibieron los cuatro soldados fue que podían repartirse la ropa que la víctima llevara puesta ese día. Eso fue lo que hicieron con la ropa de Jesús mientras colgaba desnudo y humillado. Se la jugaban.

El problema era que Jesús probablemente tenía cinco prendas de vestir, pero solo cuatro soldados. Al parecer, el centurión no intervino en esta actividad. Por lo tanto, uno tomó el tocado, otro sus sandalias, otro su manto exterior y otro su cinturón. Pero ¿quién se quedaría con la quinta prenda, la ropa interior? ¿Cómo lo decidieron? Juan nos dice que para decidir cuál de los cuatro se quedaría con la ropa interior, lo hicieron echando suertes o echando suertes. Podríamos decir que estaban echando dados para ver quién de ellos se quedaría con la ropa interior. Sin duda, no lo sabían, pero Juan nos dice que en realidad estaban cumpliendo una profecía de David registrada en el Salmo 22:18.

Entonces, con ese tipo de antecedentes en mente, conociendo las costumbres de cómo se vestían los hombres judíos y sabiendo algo de las costumbres de los soldados romanos cuando crucificaban a sus víctimas, volvamos ahora a la escena y veamos si tiene un poco más de sentido.

Había otros presentes en la crucifixión, además de los soldados que lo crucificaron y la multitud que lo insultaba a gritos. Al menos uno de sus discípulos que lo había abandonado regresó. Juan estaba

con María y al menos otras tres mujeres. Debió de ser peligroso que esas cuatro mujeres estuvieran allí junto a la cruz con Jesús. Después de todo, que un hombre fuera considerado un criminal tan grande que el gobierno romano lo considerara digno de ser crucificado lo convierte en el tipo de persona con la que probablemente no querrías estar por miedo a que algo te sucediera. Después de todo, ¿no fue esa la razón por la que todos los demás discípulos huyeron? Incluso después de que Jesús resucitó y ascendió al cielo, los apóstoles se reunieron en el Cenáculo de Jerusalén, temerosos incluso de salir por temor a que les sucediera lo mismo.

Sin embargo, estas mujeres estaban allí por su amor y devoción a Jesucristo, sin importarles mucho el peligro potencial. ¿Quiénes eran las otras tres mujeres? Una de ellas era María, esposa de Cleofás. No tenemos idea de quién era, salvo que era la esposa de Cleofás. No tenemos más información sobre ella, pero amaba a Jesús.

Otra mujer era, según Mateo, la madre de los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan; según Marcos, Salomé, y según Juan, la hermana de la madre de Jesús. Por lo tanto, Santiago y Juan eran primos hermanos de Jesús. ¿Recuerdan algo de Salomé, algo que ella había hecho anteriormente en el ministerio de Jesús? Ella fue quien se acercó a Jesús y le dijo: «Señor, cuando establezcas tu reino, quiero que des tronos, uno a tu derecha y otro a tu izquierda, a mis hijos, Santiago y Juan». La respuesta de Jesús fue una reprimenda amorosa, ya que ese tipo de ambición egocéntrica no era como debía ser el reino. De hecho, Salomé no tenía ni idea de los problemas que vendrían ni del precio que sus discípulos pagarían más adelante.

La tercera mujer es identificada como María Magdalena, la mujer de quien Jesús expulsó los malos espíritus. Estaba tan agradecida por lo que Jesús había hecho que jamás lo olvidaría. No le importaba el peligro en la cruz. Amaba a su Señor y jamás perdería su gratitud por lo que Jesús había hecho por ella. Por eso, ella está allí, al pie de la cruz.

Pero luego hay otra mujer nombrada, de hecho, se la nombra primero, aunque la mencionamos al final. Era su madre, María. Aunque María había estado presente todo el tiempo, se nos presenta junto con la ropa interior que leímos hace un momento. Revisen el texto nuevamente y verán que después de mencionar la ropa interior, es en ese momento, cuando se está apostando por su ropa interior, que Jesús le habla a su madre. Al parecer, cuando los soldados tocaron esa ropa interior, tocaron algo muy querido para él y para su madre, ya que probablemente ella había hecho esa ropa interior para Jesús. No es de extrañar entonces que, mientras estaban apostando por esa ropa interior, él se volviera y se dirigiera a su amada madre.

Quizás María no pudo comprender todo lo que estaba sucediendo en ese momento. Lo dudo. Pero pudo amarlo; después de todo, ese era su hijo, su primogénito. ¿Hay algo como el amor de una madre en todo el mundo? No lo creo. ¿Te imaginas lo que María debió estar experimentando mientras estaba allí al pie de la cruz, viendo a su hijo, su primogénito colgando, muriendo, sangrando, sufriendo, luchando por cada aliento? Él era el concebido por el Espíritu Santo que el ángel dijo que sería llamado el Hijo de Dios. Pensarías que nadie querría estar de pie y ver eso, pero esa era su madre y ese era su hijo. Ella tenía que estar allí, es lo más natural del mundo para ella estar allí por doloroso que fuera. Jesús podría ser un criminal a los ojos de la ley, Jesús seguía siendo su hijo.

Piensa en todo lo que María había visto, oído y experimentado hasta entonces. Cuando Jesús tenía solo ocho días, ¿recuerdas que ella y José llevaron al Niño Jesús al templo? Iban a consagrarlo, y era hora de circuncidarlo. Lo llevaron al templo donde estaba Simeón, un anciano sabio y piadoso a quien el Espíritu Santo le había hecho una promesa: «Simeón, no morirás hasta que veas al Mesías». Al ver a Jesús, Simeón comprendió que la promesa se había cumplido. Era el Hijo de Dios. «Entonces Simeón los bendijo y dijo a María, su madre: “Este niño está destinado a ser causa de caída y de levantamiento para muchos en Israel, y a ser señal de contradicción, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones. Y a ti también una espada te traspasará el alma”» (Lucas 2:34-35).

¿Crees que María tenía idea de lo que Simeón le decía cuando Jesús tenía ocho días, cuando le dijo: «Y a ti también una espada te traspasará el alma»? Lo dudo mucho. Pero vivió para ver sus peores temores hacerse realidad. Vivió para ver a su hijo, que vino a dar su vida por todos, ser atravesado por una espada en el costado. María vivió para ver el día en que le clavaron clavos en las manos. Vivió para ver el día en que le pusieron la corona de espinas sobre la frente. Vivió para ver el día en que exhaló su último aliento. Le costó mucho a María someterse a la voluntad de Dios, ¿no? Piensa en todos los diversos incidentes que debieron de pasar por su mente mientras estaba al pie de la cruz viendo morir a Jesús. Ahora había llegado el momento en que el plan final de Dios se estaba cumpliendo para su hijo primogénito. Jesús sería un mártir y moriría por los pecados del mundo entero.

Observen algo más sobre María. Sería fácil pasarlo por alto. Dice que María estaba allí de pie. Se mantuvo de pie. No se desmayó, no

se cayó. Exteriormente, seguía siendo la misma mujer serena que había recibido la salutación del ángel unas tres décadas antes. Le dijo al ángel: «He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra». María seguía mostrando la misma fortaleza. Así que, en ese día, se hizo presente en el gran sufrimiento de su hijo y bebió la copa hasta el fondo.

Debió ser un shock para todos aquellos que oyeron a Jesús gritar: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Qué doloroso impacto debió ser; pero no destruyó el corazón de nadie más que el de María. Ella permaneció allí, escuchando aquello. Nunca el dolor se ha presentado de una forma tan conmovedora como la que vemos en la vida de María. Pero incluso en medio de toda su amarga angustia, ¿de quién se preocupa? Se preocupa por su madre, ¿no? Al verla de pie con Juan a su lado, le dijo a su madre: «Querida mujer», como dice la versión King James, «He aquí a tu hijo, aquí está tu hijo». Seguramente esa era la manera en que Jesús les decía a ella y a Juan: que Juan ahora iba a hacerse responsable de María. La vida terrenal de Jesús estaba a punto de terminar y alguien necesitaba cuidarla. Aunque era fuerte, iba a necesitar apoyo. Juan era en quien Jesús confiaba para que se lo brindara.

Quizás parezca un poco extraño, pero no había nadie de su familia inmediata que pudiera ayudarla. ¿Por qué Jesús tuvo que darle esa responsabilidad a Juan? Al parecer, José, su esposo, había fallecido. No lo sabemos con certeza, pero no se menciona el nombre de José después de que Jesús cumpliera 12 años. Así que María probablemente era viuda. Jesús no pudo llamar a ninguno de sus hermanos para que cuidara de su madre porque, aunque ella creía en él, Juan nos dice que ninguno de sus hermanos creía aún que él era el Cristo. Al parecer, ninguno de ellos estaba allí; hacía tiempo que se habían ido. Puede que ni siquiera hubieran estado allí. Así

que mira a Juan, su querido amigo, y le dice: «Juan, cuida de esta mujer; es tu madre».

La Biblia nos dice que todos los discípulos abandonaron a Jesús. Pero Juan estaba en la cruz, de pie al pie de ella. ¿Quién sabe dónde estaban los otros once o los otros diez? Judas se había suicidado, los otros diez estaban escondidos en algún lugar, pero Juan estaba allí, fiel a Jesús. Jesús sabía que podía confiar en Juan. Así que, de pie junto a María, la madre de Jesús, Juan le dice: «Juan, sé que puedo confiar en ti. Eres leal a mí y serás tan leal a mi madre como lo has sido a mí. Quiero que la cuides». ¡Qué gran cumplido para Juan! Significaba más que simplemente darle un techo; significaba hacerse responsable de ella. La última vez que se menciona a María en el Nuevo Testamento es en el libro de los Hechos, cuando está en presencia de otros discípulos que esperan el don del Espíritu Santo, pero la Biblia nos dice que está allí con Juan. Así que Juan está cumpliendo con la confianza que Jesús depositó en él.

Es una historia poderosa; es solo una parte de la historia, es solo una de las siete afirmaciones. Hay muchísima riqueza en esta escena de la muerte de Jesucristo. Pero intentemos hacer tres breves aplicaciones de esto:

1. **La gracia se extiende a aquellos que fallan.** Si hay algo en la vida de Juan que le hubiera gustado volver atrás y poder deshacer y borrar, habría sido el momento en que él también, como todos los demás, abandonó a Jesús, pero no pudo borrar eso.

¿No te alegra que cuando Juan cometió ese error, el Señor no le dijera: «Bueno, Juan, tuviste tu oportunidad, pero te equivocaste, siéntate. Estás fuera»? Su gracia fue más que suficiente para Juan,

en lo aceptó de nuevo e incluso le dio la bendita responsabilidad de cuidar a su madre. Amigos, cuando fracasen —no si fracasan, sino cuando fracasen, y todos lo haremos—, regresen a Jesús como lo hizo Juan, porque nuestro Señor es un Señor misericordioso que nos aceptará y nos restaurará.

2. **El agua es más espesa que la sangre.** Todos hemos escuchado esa vieja expresión: "La sangre es más espesa que el agua". En Jesús, "el agua es más espesa que la sangre". La referencia que intento hacer es que a través de las aguas del bautismo entramos en contacto con la sangre de Jesucristo. Cuando confesamos nuestros pecados, expresamos nuestra fe en Jesucristo y somos sepultados en el bautismo para el perdón de nuestros pecados, resucitamos, de esa agua nace una nueva vida, una nueva creación. Nos convertimos en cristianos. Nos convertimos en hermanos y hermanas los unos de los otros y del Señor Jesucristo. Se forma una nueva relación al nacer en el agua, una relación mucho más preciosa y poderosa que incluso nuestra propia relación de sangre. Quienes hemos sido lavados en la sangre de Jesucristo en las aguas del bautismo sabemos que, a menudo, el agua es más espesa que la sangre.

3. **Nunca vayamos más allá del llamado a honrar a nuestros padres.** Pablo escribió: «Hijos, obedezcan a sus padres en el nombre del Señor, porque esto es justo: Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento con promesa, para que te vaya bien y disfrutes de una larga vida sobre la tierra» (Efesios 6:1-3). Jesús, incluso en sus últimos momentos, rindió honor y homenaje a su querida madre. Sin importar las circunstancias para nosotros o para nuestros padres, nunca envejecemos demasiado, nunca nos volvemos demasiado sofisticados ni nos apartamos del llamado a honrar a nuestro padre y a nuestra madre. Jesús, incluso en sus últimos momentos, demuestra esa misma verdad. Sublime Gracia, Lección n.º 1253, Steve Flatt, 10 de marzo de 1996.